

pretensiones análogas. ¡ Esto era eternizar la guerra, hasta que el más fuerte conquistase el imperio del mundo! Con razon Vergennes calificaba de monstruosas semejantes máximas. Otras máximas tenían además las cortes de San Petersburgo y de Viena para captarse la opinion pública. Catalina solia hablar del renacimiento de la Grecia; se regocijaba pensando en representar en Atenas las tragedias de Sófocles. Sus ministros usaban el mismo lenguaje: «Convenid, decia el príncipe de Potemkin al embajador de Francia, en que la existencia de los musulmanes es un verdadero *azote para la humanidad*. Sin embargo, si quisieran ponerse de acuerdo tres ó cuatro grandes potencias, nada sería más fácil que rechazar á esos feroces turcos al Asia, y librar así de esta *peste* al Egipto, al Archipiélago, á la Grecia y á toda la Europa. ¿No es verdad que semejante empresa sería á la vez justa, útil, religiosa y heroica?» (1). José II invocó igualmente el interes de la civilizacion al tomar las armas contra la Turquía: «Ha llegado el tiempo, dice, de que yo vengue á la humanidad, devolviendo á los turcos los males que han causado á la Europa. Espero librar al mundo de una raza de bárbaros que en todo tiempo ha sido un azote para las naciones civilizadas» (2). Veamos cómo se portan los vengadores de la humanidad. Mucho nos equivocamos, ó los hechos han de demostrar que la civilizacion no era más que un pretexto para la Rusia y el Austria. Es positivo que los *civilizados* manifestaron más desprecio al derecho y á la justicia, esos grandes intereses de la humanidad, que los *bárbaros* considerados como *peste* en San Petersburgo y en Viena.

II.

La primera guerra entre Catalina y la Turquía estalló con ocasion de las invasiones de la czarina en Polonia. Si la historia tuviese que fallar acerca del mérito moral del sultan que reinaba en Constantinopla y de la emperatriz que tenía su trono en San

(1) SÉGUR, *Memorias*, t. II, p. 350.

(2) ZINKEISEN, *Geschichte des osmanischen Reiches*, t. VI, p. 645.

Petersburgo, diria que el bárbaro musulman era infinitamente superior á la princesa cristiana que tanto alarde hacía de su civilizacion. Mustafá III era un rígido observador de la ley de Mahoma; la observaba tanto en las relaciones políticas como en las relaciones particulares. Los tratados y el interes de la Turquía le movieron á contener las usurpaciones cada dia mayores que Catalina cometia en Polonia; pero como obraba con completa buena fe, creia fácilmente en la buena fe de los demas. Esto quiere decir que habia nacido para ser engañado. La czarina no escaseó sus protestas, juró y perjuró que no pensaba en imponer á los Polacos un rey elegido por ella, y que si habia hecho entrar seis mil hombres en el territorio de la república, era para proteger la libertad de la eleccion. El sultan aceptó aquellas explicaciones, como expresion de la verdad. Hay más. Cuando el conde de Vergennes, embajador en Constantinopla, trató de abrirle los ojos acerca de la política tortuosa de la Rusia, el sultan no quiso creer en tanta doblez y salió responsable del honor de Catalina. «¿No es notorio, dijo, que en todos tiempos han entrado tropas extranjeras en Polonia, y que, no solamente no se ha opuesto la república, nuestra amiga, sino que las ha recibido con gusto? Sería pues, atentar á la libertad de la república el querer impedirle que recibiese tropas rusas. Además, los tratados no preven este caso. Por consiguiente la Sublime Puerta no tiene derecho para intervenir» (1).

Los diplomáticos se sonreirán de ver tanta sencillez. Esto consiste en que Mustafá no habia sido educado en una corte cristiana. En una cautividad de veinte y siete años no se habia alimentado más que con la palabra de Dios, tal como Mahoma la enseña, y la habia tomado en serio. Al fin estalló la guerra entre Rusia y Turquía. Los rusos vencieron. Engreida con sus fáciles triunfos, Catalina pensaba ya en conquistar á Constantinopla; siguiendo los prudentes consejos de Federico II, se contentó provisionalmente con la Crimea. La incorporacion de la Crimea al imperio ruso es una de las páginas más vergonzosas de la diplomacia moderna. Segun el tratado que Catalina impuso á la Turquía, los tártaros de la Crimea debian ser libres é independientes. La

(1) *Nota del divan*, publicada por M. DE HAMMER.